

HISTORIA



LAS CRUZADAS

PABLO MARTÍN PRIETO

DIGITAL
REASONS



PABLO MARTÍN PRIETO

LAS CRUZADAS

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Pablo Martín Prieto
© Digital Reasons, 2019
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta e interior: Enrique Chuvieco.
Imagen portada: imagen IV cruzada

ISBN: 978-84-949317-5-8
Depósito Legal: M-6725-2019

Ficha bibliográfica: Martín Prieto, Pablo (2019): *Las cruzadas*.
Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

Prólogo	7
1. Antecedentes históricos	9
1.1 Cuadro histórico general: Europa y el Mediterráneo hasta el siglo XI.....	9
1.1.1 Occidente	11
1.1.2 Bizancio	15
1.1.3 El islam	19
1.2 Las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa hasta el siglo XI.....	23
1.3 La situación en vísperas de la I Cruzada	28
2. El llamamiento de Clermont (1095).....	33
3. Idea y realidad de la cruzada.....	45
3.1 ¿De la guerra justa a la guerra santa?.....	45
3.2 La cuestión sobre el quinto mandamiento	58
3.3 El voto de cruzada.....	61
3.4 Las indulgencias de cruzada.....	64
4. La «cruzada de los pobres»	71
4.1 La cruzada de Pedro el Ermitaño.....	71
4.2 Cruzadas populares y antijudaísmo	80

5. La I Cruzada.....	85
5.1 Las fuentes para el conocimiento de la I Cruzada.....	86
5.2 Reclutamiento y ejércitos participantes.....	89
5.3 Las operaciones de la I Cruzada.....	98
5.3.1 La toma de Nicea.....	98
5.3.2 De Dorilea a Antioquía.....	100
5.3.3 El sitio de Antioquía.....	102
5.3.4 La ocupación de Palestina y la conquista de Jerusalén.....	105
6. Formación y defensa de los Estados cruzados.....	109
6.1 La «cruzada de 1101».....	110
6.2 Establecimiento y primera época de los Estados cruzados.....	114
6.3 Organización y sociedad de Ultramar.....	123
6.4 Las órdenes militares.....	128
6.5 Reacciones musulmanas.....	134
7. La II Cruzada.....	139
7.1 Fuentes para el conocimiento de la II Cruzada.....	140
7.2 Predicación y contingentes de la II Cruzada.....	141
7.3 Desarrollo de la II Cruzada.....	148
7.4 Consecuencias.....	151
8. De Nur-al-Din a Saladino y la III Cruzada.....	153
8.1 El Ultramar latino y sus enemigos hasta Hattín.....	153
8.2 La III Cruzada.....	162
8.2.1 Fuentes para el conocimiento de la III Cruzada.....	162
8.2.2 Desarrollo de la III Cruzada.....	163
9. El desvío: la IV Cruzada.....	173
9.1 El Ultramar latino tras la III Cruzada.....	174
9.2 La IV Cruzada.....	177
9.2.1 Fuentes para el conocimiento de la IV Cruzada.....	177
9.2.2 Desarrollo de la IV Cruzada.....	178

10. Las «cruzadas menores»	193
10.1 La «cruzada de los niños».....	195
10.2 Las «otras cruzadas».....	198
10.2.1 Reconquista y cruzada.....	199
10.2.2 La cruzada contra los albigenses.....	203
10.2.3 Las cruzadas del Báltico	207
10.3 La V Cruzada.....	209
10.3.1 Fuentes para el conocimiento de la V Cruzada.....	209
10.3.2 Antecedentes, convocatoria y desarrollo de la V Cruzada	210
10.4 La VI Cruzada: la cruzada de Federico II	218
10.5 Las Cruzadas VII y VIII: las cruzadas de san Luis.....	226
10.5.1 Situación anterior a la VII Cruzada: la caída de Jerusalén.....	226
10.5.2 La VII Cruzada.....	229
10.5.3 El periodo entre las dos cruzadas de san Luis	234
10.5.4 La VIII Cruzada	236
11. El final del Ultramar latino y los últimos intentos de cruzadas	239
11.1 Evolución de los acontecimientos hasta la caída de Acre.....	239
11.2 Tentativas de revivir las cruzadas en el siglo XIV	244
11.3 La posteridad de las cruzadas en los albores de la Modernidad.....	247
12. Balance, perspectivas, conclusiones	253
12.1 El tema en la historiografía y la cultura popular.....	253
12.2 Conclusiones.....	259
13. Referencias	267

PRÓLOGO

El presente libro se plantea como una historia general de las cruzadas de reducidas dimensiones, en la que se pretende conjugar los aspectos puramente narrativos y descriptivos con los interpretativos y de reflexión sobre un fenómeno tan fascinante como rico en facetas y posibilidades de estudio.

En el primer capítulo se trata de evocar los antecedentes que permiten encuadrar el origen de las cruzadas en su contexto histórico. El segundo se dedica a la génesis, carácter y consecuencias inmediatas del famoso discurso del papa Urbano II al término del concilio de Clermont (1095), el cual constituye el punto de partida para la I Cruzada. Antes de relatar cómo discurrió ésta, nos ha parecido conveniente introducir en un capítulo no narrativo (el no. 3) una serie de consideraciones generales de orden teórico y doctrinal destinadas a explicar lo que las cruzadas representaban en el contexto espiritual y cultural de su tiempo, cuya validez puede ser comprobada y matizada al hilo del desarrollo de las sucesivas empresas. Los siguientes capítulos se dedican a la narración ordenada de los principales acontecimientos de cada una de las cruzadas, con sus causas, desarrollo y consecuencias, hasta finales del siglo XIII. La numeración empleada

para nombrar cada cruzada, consagrada por el uso académico, es tan convencional como reciente; constantemente se hará referencia a expediciones que se desarrollan en los intersticios o al margen de esta nomenclatura. Debido a que la I Cruzada fue la que en muchos aspectos sienta la pauta de las sucesivas, y también porque en su concepción y desarrollo presenta unas características especiales (incluido el gran éxito con que se culmina), se le dedica un espacio mayor que a las restantes. Y el grado de detalle se va reduciendo paulatinamente a medida que avanzamos en el tiempo, hasta llegar a las últimas supervivencias del ideal, ya a finales de la Edad Media y en los comienzos de la Modernidad. El capítulo sexto, y secciones de varios otros, se consagran a describir las instituciones y sociedad de los Estados fundados sobre las conquistas de la I Cruzada, y a evocar la manera como la evolución de este Ultramar latino se imbricó en la marcha de las cruzadas posteriores. Un aspecto colateral, abordado en el apartado 10.2, tiene que ver con aquellas otras empresas militares que en época medieval tuvieron, además de las de Tierra Santa, consideración de cruzadas. Un último capítulo tiene por objeto la posteridad de las cruzadas como idea, tema de investigación y con presencia en las más variadas manifestaciones culturales hasta nuestro tiempo, con el añadido de algunas consideraciones generales a modo de conclusión.

Todo el deseo del autor consiste en haber logrado una síntesis que, con sus limitaciones, pueda resultar útil y clara al lector.

Pablo Martín Prieto

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Antes de entrar a considerar concretamente el origen y el desarrollo de las cruzadas, conviene pasar revista, como planteamiento necesario y previo, a los antecedentes que envuelven y ayudan a explicar este fenómeno dentro del contexto de su época (el siglo XI), y también con referencia a los supuestos que traen causa de épocas anteriores, cuya comprensión permite insertar el estudio de las cruzadas y de su época en un marco más amplio.

1.1 Cuadro histórico general: Europa y el Mediterráneo hasta el siglo XI

La quiebra de la unidad geoestratégica romana, que dotaba de un horizonte unificado de gobierno y cultura a todos los pueblos ribereños del Mediterráneo (al que los romanos pudieron expresivamente y con justicia denominar *Mare Nostrum* o *Mare Internum*) acompaña la época de transición entre la Antigüedad y los llamados tiempos medievales. Dicha quiebra determina en una primera fase la separación política y cultural entre el Occidente del mundo romano, en cuyas tierras se instalarán a partir del siglo V distintos pueblos y estructuras polí-

ticas de origen germánico, y el Oriente, donde sobrevive y continúa su evolución histórica el Imperio (en adelante llamado bizantino por una convención historiográfica ya consolidada). Sobre las grandes diferencias en la evolución política y cultural de estas dos grandes áreas, occidental y oriental, derivadas de la Romania antigua, la conciencia de su común adhesión al ámbito supranacional de la Cristiandad las vincula todavía a la idea y la vivencia de una comunión eclesial esencialmente única (salvo por la excepción de las confesiones o desviaciones heterodoxas minoritarias).

Si la primera fase de ruptura de la unidad romana (prenunciada por el reparto sucesorio del Imperio previsto por Teodosio a finales del siglo IV y consumada a finales del siglo V por el desmantelamiento del poder imperial romano en Occidente) se refiere al distanciamiento entre Oriente y Occidente, la segunda fase determina la separación entre la ribera norte y la ribera sur del Mediterráneo. Esta segunda fase tiene lugar cuando primeramente el Próximo Oriente, y luego todo el norte de África, de este a oeste, es conquistado por un nuevo actor sobre el tapete de la Historia, el islam, esencialmente desde la tercera década hasta el final del siglo VII. La gran expansión militar inicial del islam arrebató al Imperio Bizantino sus territorios de Siria-Palestina y Egipto, y desde Egipto se extiende por todo el norte de África hasta el estrecho de Gibraltar, que los musulmanes rebasarán cuando a comienzos del siglo VIII prosigan sus conquistas en territorio europeo a costa del poder visigótico que destruyen y substituyen en Hispania (y también, por un tiempo, el sur de la Galia).

En los siguientes siglos de la Edad Media se va formando, sobre la realidad de esta doble separación, la

identidad de una Cristiandad latina o civilización occidental con caracteres propios: crecientemente diferenciada, en términos políticos, culturales y últimamente religiosos, del Oriente greco-ortodoxo, pero sobre todo más claramente enfrentada al islam, en una rivalidad con diversos escenarios, en virtud de la cual el Mediterráneo, antiguo mar interior de la civilización romana, pasa a ser ámbito de separación y últimamente de confrontación, como diríamos con licencia literaria, «entre la cruz y la media luna».

1.1.1 Occidente

En síntesis, tres grandes componentes entran a formar la substancia de lo que conocemos como la civilización occidental: la herencia de Roma, el cristianismo y las aportaciones culturales de los pueblos germánicos. Teniendo los tres su raíz en la Antigüedad, vendrán a fusionarse en la época medieval.

Es difícil resumir la vastedad de lo que supone para Europa el legado romano en sus distintas vertientes: los marcos jurídico-institucionales, la lengua, el derecho, la impronta y modelos de las obras públicas y las artes, entre otras muchas realidades que aún viven y evolucionan entre nosotros.

El cristianismo, contra cuya imparable penetración social reaccionó el poder romano desatando varias oleadas de persecuciones (la última y más devastadora bajo Diocleciano, a comienzos del siglo IV), acabaría siendo tolerado y aun favorecido por este mismo poder desde tiempos de Constantino (311-337), hasta convertirse finalmente en confesión religiosa oficial del Imperio bajo Teodosio (379-395). La moral cristiana, cada vez más

mayoritariamente arraigada en el seno de la sociedad romana, viene así a influir decisivamente en la legislación, las costumbres y la cultura del último siglo del Imperio en Occidente, al tiempo que se van disipando los restos del paganismo antiguo tradicional. Durante este periodo, desde el mundo romano se lanzarán misiones dirigidas a la evangelización de algunos de los pueblos germánicos que vivían más allá de la gran frontera septentrional del Imperio, el *limes* del Rin y el Danubio (como la de Ulfilas, «apóstol de los godos», a cuya lengua tradujo el texto bíblico).

Cuando a comienzos del siglo V la decadencia política del orden romano entre en una fase de descomposición acelerada con las luchas entre los sucesores de Teodosio (sus hijos Arcadio en Oriente y Honorio en Occidente), se pasará de una fase previa de infiltración germánica gradual en el ejército y la sociedad romanos, a otra de brusco desbordamiento de la presión fronteriza, con la entrada incontrolada de pueblos enteros (a partir de la de suevos, vándalos y alanos en 406) decididos a abrirse camino y encontrar acomodo, de grado o por la fuerza, como residentes permanentes en suelo romano. El desmantelamiento parcial de las estructuras institucionales del Imperio, al tiempo que algunos pueblos germánicos se establecen militarmente en distintas regiones del Occidente romano, ocupando como gobernantes o co-gobernantes un vacío de poder, va a dar lugar al nuevo mapa de una fragmentación en varios reinos de dinastías germánicas: vándalos en África, visigodos y suevos en Hispania, francos y burgundios en Galia, entre otros. En Italia una coalición de pueblos diversos encabezada por el hérulo Odoacro depone en 476 al último emperador occidental, Rómulo Augústulo, para ser derrocada y

reemplazada a su vez, antes de que acabe el siglo, por los ostrogodos de Teodorico el Grande.

La crisis que da fin al Imperio occidental aumenta la separación, que por razones culturales (la pérdida del griego en Occidente) ya se venía ahondando previamente, con el Imperio oriental o bizantino. Si bien desde un punto de vista formal las relaciones de los nacientes reinos germánicos occidentales con el Imperio de Oriente se mantuvieron por un tiempo en términos de cooperación, e incluso con la ficción más o menos voluntarista de una pretendida sumisión (tanto Odoacro como Teodorico gobernaron en Italia, jurídicamente en tanto que *patricios* o supuestos delegados del poder imperial que residía en Constantinopla), lo cierto es que el paso del tiempo no hizo sino aumentar la distancia entre los dos ámbitos. Más rural y empobrecido (tanto en lo material como en lo cultural), el Occidente se halla inmerso en las distintas proporciones de una síntesis posible entre romanidad y germanismo (elemento este último ausente del mundo bizantino).

Los siglos VI y VII suponen una época convulsa de mutaciones profundas en la evolución del Occidente post-romano. A las conquistas a medias truncadas de Justiniano en distintas regiones occidentales (y no llamadas a mantenerse durante largo tiempo), siguen los padecimientos de distintas catástrofes naturales – peste incluida – y humanas – advenimiento de nuevos invasores, como los lombardos en Italia; el desmantelamiento de las estructuras socio-económicas heredadas del periodo tardo-antiguo determina un mínimo relativo en la evolución demográfica y económica. La irrupción del islam con su veloz y enorme expansión militar por el este y el sur de la cuenca mediterránea, acaba de alterar los

equilibrios geopolíticos y termina definitivamente con una época, induciendo duraderas repercusiones.

En los siglos VIII y IX, la renovación de poder en el reino franco, de la mano del ascenso de la dinastía Pipínida de mayordomos de palacio a la realeza, culmina en la creación o recreación de un nuevo Imperio occidental, asociado al título imperial conferido a Carlomagno por el papa León III en la Navidad del año 800. Más allá de la discusión historiográfica sobre el verdadero alcance y repercusión, en idea y realidad, de este imperio, sin duda supone un nuevo punto de inflexión en la evolución histórica de Occidente, referencia recordada y tenida en cuenta repetidamente para lo sucesivo, al tiempo que el gran conglomerado de poder continental de Carlomagno, aun pronto resquebrajado en su unidad bajo sus inmediatos sucesores, determina al mismo tiempo una cierta respuesta a las condiciones creadas por el previo ímpetu expansivo del islam (Pirenne, 1970) y un desafío de independencia de Occidente respecto de la órbita del poder bizantino.

A partir de la evolución de los modelos de producción y las nuevas estructuras institucionales heredadas del periodo carolingio, en algunas regiones se pueden observar, ya desde mediados del siglo X, las avanzadillas del gran desarrollo económico y social sostenido que vivirá el Occidente europeo desde el siglo XI y aproximadamente hasta mediados del XIII, con aumentos muy notables de población, producción, complejidad de las estructuras económico-sociales y niveles generales de prosperidad material. A este desarrollo, que da cuerpo a la etapa denominada de la plenitud medieval (ss. XI-XIII: Plena Edad Media), lo acompañan una concomitante madurez político-institucional y cultural, con manifestaciones

de tal brillantez como los estilos románico y gótico en las artes, o el despliegue de la escolástica en la historia del pensamiento. Y sin este desarrollo —cabe suponerlo— no habría sido posible la acumulación de fuerza que permitirá a Occidente, antes de que termine el siglo XI, poner en pie la empresa de la cruzada.

Desde un punto de vista histórico, el desencadenamiento de la cruzada puede verse, así, como fruto de la coyuntura particular de un siglo XI en el que convergen fenómenos como el progreso y ampliación de los estudios (con primeras cumbres escolásticas como la rigurosa dialéctica de san Anselmo de Canterbury), el fortalecimiento de las bases institucionales del poder monárquico (con conflictos como el que enfrentará al Imperio con el Papado, simbolizado por la dramática pugna entre Enrique IV y Gregorio VII), y las iniciativas profundas (revolucionarias, se ha dicho) para la reforma de la Iglesia, encabezadas por el Papado (por Gregorio VII se ha adoptado la denominación corriente de «reforma gregoriana»), con la crisis del poder bizantino en Asia Menor, la irrupción de los turcos en el Próximo Oriente y el peligro de todo ello para la suerte de las comunidades cristianas de la región y el futuro de las peregrinaciones a Tierra Santa, como en seguida veremos.

1.1.2 Bizancio

El 11 de mayo de 330 Constantino presidía los actos oficiales de fundación de la ciudad que por él pasará a conocerse como Constantinopla, en las orillas del Bósforo, sobre la vieja colonia griega de Bizancio (de donde el nombre de bizantino con que por convención historiográfica se llamará la prolongación medieval de la historia

del Imperio romano oriental). Esta Nueva Roma, destinada a ser la nueva capital del Imperio, con su senado y sus foros, se había concebido como una suerte de réplica monumental de la primera Roma, con una diferencia esencial: si la fundación de Rómulo según la tradición fue consagrada a los dioses paganos, Constantinopla será dedicada a la Virgen María, según el proyecto constantiniano de un nuevo comienzo para el Imperio, en Oriente y bajo las alas del cristianismo.

Cuando a la muerte de Teodosio (395) la mitad oriental del Imperio romano quede en manos de su hijo Arcadio y los siguientes miembros de la dinastía llamada teodosiana, primera de las varias que se sucederán en el trono de Constantinopla, habrá echado definitivamente a rodar como entidad política separada este Imperio de Oriente o bizantino, llamado a seguir en pie y a renovarse tras crisis sucesivas durante siglos a lo largo de los tiempos medievales, una vez el de Occidente hubiera desaparecido antes de terminar el siglo V.

Según afortunada formulación del bizantinista Ostrogorsky, los tres fundamentos constitutivos de la historia bizantina desde sus comienzos son el Estado romano, la cultura griega y la religión cristiana. Apoyado en una base socio-económica mucho más sólida, el Imperio oriental pudo sobrevivir a la crisis del siglo V que se llevó por delante el occidental, y jurídicamente los distintos reinos germánicos de Occidente se abocaron a reconocer vínculos más o menos operativos y reales con un poder bizantino todavía fuerte, capaz bajo Justiniano (527-565) de lanzar una gran operación de reconquista militar de territorios occidentales en África, Italia e Hispania, si bien últimamente dicha operación quedó truncada por la peste y otras catástrofes naturales.

La nueva coyuntura determina un declive cierto del poderío bizantino a partir de la mitad del siglo VI, debiendo replegarse militarmente en Occidente frente a nuevos invasores, como los lombardos que impidieron el pleno control bizantino de Italia, o el comienzo de la eslavización de los Balcanes. Agotado por el enorme esfuerzo que bajo Heraclio (610-640) hubo de hacer en Oriente frente a los persas, el poder bizantino (y el mismo imperio persa) no pudieron resistir la ofensiva arrolladora del islam, que surge en esta época y en pocas décadas, antes del final del siglo VII, anexiona definitivamente los territorios de Siria-Palestina, Egipto y el resto de la antigua África romana hasta el estrecho de Gibraltar. En particular, el resentimiento frente al centralismo constantinopolitano y la fuerte implantación social de confesiones cristianas disidentes (herejías nestoriana, monofisita y otras) frente a la ortodoxia calcedoniana (definida en el Concilio de Calcedonia, 451) de la Iglesia imperial, operaron aquí como factores de división en favor de los conquistadores musulmanes.

Un final del siglo VII y un comienzo del VIII bajo el impacto de la tenaz ofensiva musulmana que año tras año llegó a sitiar la misma Constantinopla poniendo a dura prueba su capacidad de resistencia, dan lugar al periodo de la dinastía isáurica (717-820), bajo la que se plantea la crisis de conciencia y de modelo de la llamada controversia iconoclasta, en la que algunos historiadores quieren ver una suerte de «síndrome de Estocolmo» de una Cristiandad oriental sitiada no sólo materialmente por el islam. Las oscilaciones y recrudescimientos de una política de supresión (y ocasionales restablecimientos) de la tradición artística que desde los comienzos del arte paleocristiano consentía en representar plásticamente a

la Divinidad, a la Virgen y a los santos, dando veneración (no adoración) a estas imágenes sagradas, degeneraron en tensiones llegando a manifestaciones de auténtica guerra civil, y de rechazo coadyuvaron a una mayor separación espiritual (y política) con Occidente coincidiendo en éste con la época carolingia.

La controversia llegó últimamente a resolverse en tiempos de la dinastía frigia (820-867), con la derrota de las posiciones iconoclastas; pero ello no ayudó a superar los recelos y disensiones, cada vez más enconados, con la Iglesia occidental o latina. De esta época data el comienzo de la gran evangelización de los eslavos de los Balcanes y rusos por la Iglesia greco-bizantina, al tiempo que la ruptura temporal con Roma (el cisma) del patriarca Focio de Constantinopla, prenuncio de posteriores y más definitivos desencuentros.

La época de la dinastía macedónica (867-1056) se ha considerado como una segunda edad dorada de la historia bizantina, y lo cierto es que, estabilizado en torno a sus dos grandes dominios de los Balcanes y el Asia Menor, el Imperio revive y se consolida en un periodo de renovación y esplendor político-cultural de indudable brillantez. El fortalecimiento de la propia identidad religioso-cultural bizantina tendrá hacia el final del periodo, como efecto colateral, la renovación del choque con la Iglesia romana que supone el cisma de Miguel Cerulario (1054). Bajo las dinastías de los Ducas (1059-1081), los Comnenos (1081-1185) y los Ángeles (1185-1204) el mundo bizantino entra en una nueva coyuntura de declive y agotamiento, con manifestaciones de descomposición interior y debiendo hacer frente a nuevos desafíos (la amenaza turca surge ahora, con fuerza, en Asia

Menor). Llegamos así a la época de las cruzadas, con el impacto que veremos sobre la historia bizantina.

1.1.3 El islam

Surgido de la predicación de su fundador Mahoma en los inicios del siglo VII, el islam como nuevo fenómeno histórico y como nueva religión está llamado a desempeñar casi desde sus mismos comienzos un papel protagonista en el escenario de la Historia. La continuidad de la obra de Mahoma se consolida tras su muerte (632) con la de sus sucesores los dos primeros califas: Abú Bakr (632-634), unificador de los árabes bajo el islam, y Omar (634-644), con quien comienzan la gran expansión militar y las conquistas más allá del área de los pueblos árabes, con las que en pocas décadas el islam pone en pie un extenso imperio.

La primera de estas conquistas fue Siria, región que contaba con una vieja tradición de rebeldía intermitente frente al poder bizantino y que a comienzos del siglo VII venía de sufrir los embates y vaivenes de una guerra entre persas y bizantinos. Desarticuladas por la invasión persa las estructuras de gobierno bizantinas y ligada por vínculos a los mismos árabes (contingentes de mercenarios árabes formaban en el ejército bizantino, y había una importante población árabe en la Siria bizantina), sin mucha resistencia y definitivamente tras la batalla de Yarmuk (636) Siria pasará a formar parte de los territorios controlados por el islam, con su capital, Damasco, como centro de poder del califato durante la época de los Omeya.

La conquista musulmana de Siria deja abierta e indefensa la región dependiente de Palestina: en 638, tras un largo asedio y mediante capitulación o pacto, entró en Jerusalén

como conquistador el califa Omar, y sometiendo la que era fundamentalmente una ciudad cristiana vino a respetar la basílica constantiniana del Santo Sepulcro y otros santuarios como centros de culto controlados por la importante comunidad cristiana local. Para los musulmanes, Jerusalén también es una ciudad dotada de un gran significado, porque una tradición afirma que Mahoma, al término de su periplo vital, ascendió a los cielos desde Jerusalén, precisamente.

El estatuto de *dimmíes* o «protegidos» que el islam concedía a judíos y cristianos como precursores y modelos previos de monoteísmo permitía a unas y otras comunidades una existencia relativamente autónoma, con sus autoridades y jurisdicción propia para asuntos internos, y tolerando el ejercicio de su religión, con algunas limitaciones esenciales indicativas de sometimiento: la prohibición de las señales y manifestaciones públicas, así como del proselitismo, de otra religión salvo el islam, distintos rasgos de discriminación social de las comunidades hebreas y cristianas respecto de los privilegios de la población musulmana (restricción de los derechos de participación política, prohibición de llevar armas, sujeción a impuestos especiales, entre otros). Bajo estas condiciones de inferioridad legal y como población protegida o sometida, continúa en las regiones esencialmente cristianas ahora recién conquistadas la vida de estos cristianos bajo el islam (como los mozárabes de al-Ándalus): afectadas por un declive paulatino y lento a lo largo del tiempo, con un goteo de apostasías y conversiones al islam y también con periódicos episodios de persecución o violencias, las comunidades cristianas de Tierra Santa y el Próximo Oriente aún serán numéricamente importantes, como veremos, cuando llegue la época de las cruzadas.

Por lo demás, siguiendo con la extraordinaria expansión militar del islam, aprovechando el agotamiento del imperio persa (derrotado pocos años antes por los bizantinos), los árabes prosiguieron sus conquistas hacia el Oriente a costa del mismo, incorporando Mesopotamia (Iraq), Persia (Irán) y las regiones dependientes hasta el valle del Indo (Pakistán). Por el frente occidental, tras conquistar Egipto (639-641), la otra gran provincia históricamente enemistada con el centralismo bizantino, llegarán a controlar a lo largo de la segunda mitad del siglo VII todo el norte de África hasta el estrecho de Gibraltar, para pasarlo a comienzos del siglo VIII (711) iniciando la conquista del Occidente europeo por Hispania.

La preterición de la línea descendiente del cuarto califa, Alí (656-661), esposo de Fátima, hija de Mahoma, en beneficio de la dinastía Omeya será el inicio de una dinámica de quiebra progresiva de la unidad islámica, con el surgimiento de la corriente disidente o minoritaria del chiísmo a partir de la muerte de Hussein, segundo hijo de Alí. El descontento de los chiítas frente al régimen de los Omeya y la ortodoxia sunní será una de las corrientes de fondo utilizadas para el éxito del golpe de palacio que en 750 termina con el gobierno de los Omeya dando comienzo a la época de los califas Abasíes, caracterizada entre otras cosas por el traslado del centro del mundo islámico de Damasco a Bagdad. Un supuesto superviviente de la matanza de los Omeya, refugiado en al-Ándalus, logra hacerse reconocer como gobernante en Córdoba: con Abderramán I comienza la historia del emirato cordobés independiente de Bagdad, que sólo en el siglo X (con Abderramán III) se decidirá a enarbolar el desafío a la unidad teórica del islam de reivindicar para sí la dignidad califal.

Algo más de un siglo dura el periodo de máxima estabilidad y esplendor de los califas de Bagdad. A finales del siglo IX comienza la propaganda, que pronto prende entre los beréberes norteafricanos, de una facción chiíta emergente formada por los fatimíes, así llamados por descender supuestamente de Alí y Fátima, la hija del Profeta. Cuando esta facción se apodera del poder en Egipto, se inaugurará allí la etapa del califato fatimí (969-1171), en nuevo desafío y competencia (tras el califato Omeya de Córdoba) al ya declinante de Bagdad. En vísperas de la I Cruzada, el poder de los fatimíes de Egipto se extendía, a través de la península del Sinaí, a la región vecina de Siria-Palestina.

De ella comenzarán a ser desplazados, en el mismo siglo XI, por otro poder emergente: el de los turcos. Su entrada en la escena del Próximo Oriente se produce cuando, siendo todavía tribus nómadas no islamizadas, desviadas hacia el Occidente por la consolidación de la China de los Sung, penetran desde finales del siglo X en tierras del califato de Bagdad, se convierten al islam sunnita, se van apoderando de Irán y en 1055 su líder Tugril Bey conquista Iraq, toma Bagdad y establece una suerte de protectorado sobre el mismo califa, cuya autoridad respeta formalmente, dispuesto a gobernar en su nombre como sultán, pero reduciéndola en la práctica a límites morales y poco más que decorativos. En las décadas siguientes, bajo el sultán Alp Arslan (1063-1072), los turcos penetrarán en Siria-Palestina (desplazando a los fatimíes) y en Asia Menor (o Anatolia) a partir de su triunfo sobre los bizantinos en la famosa batalla de Manzikert (1071). Precisamente será la irrupción de este nuevo actor en el escenario del Próximo Oriente, y la conquista de Jerusalén y demás lugares de Tierra Santa

por los turcos, el motivo principal desencadenante de la empresa de las cruzadas, como en seguida veremos.

1.2 Las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa hasta el siglo XI

El tema de las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa está máximamente imbricado con el origen y la misma definición del fenómeno de las cruzadas, al menos en dos sentidos fundamentales: 1) porque la necesidad de ofrecer seguridad y protección a los peregrinos que deseaban visitar el Santo Sepulcro y otros lugares santos de Palestina frente a las nuevas amenazas de finales del siglo XI es una motivación central para su puesta en marcha; y 2) porque las mismas cruzadas fueron concebidas como auténticas peregrinaciones, con las características, privilegios e indulgencias propios de las mismas.

No se tiene noticia de que las peregrinaciones a Jerusalén fueran una práctica piadosa importante en los primeros tiempos del cristianismo, especialmente bajo la clandestinidad y la persecución. Destruída Jerusalén por Tito al final de las guerras judías, cuando Adriano la reconstruyó, el mismo hecho de que este emperador mandara edificar un templo de Venus sobre el monte Calvario para evitar su veneración por los cristianos prueba suficientemente que las comunidades locales conservaban viva memoria de la localización de aquellos lugares que habían sido escenario de la vida y la pasión de Cristo. Entre los testimonios más antiguos de personajes cristianos que visitaron Jerusalén se cuentan algunos tan ilustres como el obispo Melitón de Sardes († ca.180) y Orígenes (185-254), que a este respecto hizo mención

especial al deseo de «seguir las huellas de Cristo» (*In Ioannem* 6, 29).

La gran organización regular de las peregrinaciones cristianas a Tierra Santa, como un fenómeno de amplia repercusión y afluencia, es obra de Constantino y su madre santa Elena. El biógrafo de Constantino, Eusebio de Cesarea, relata (*Vita Constantini*, 25-40) la institución del primer circuito de santos lugares, con la excavación del Calvario y la substitución allí del templo de Venus por la basílica del Santo Sepulcro, así como la fundación de otras basílicas en Belén (en el lugar de la Cueva de la Natividad) y el Monte de los Olivos. A partir de este momento, la protección imperial toma a su cargo la dotación de infraestructuras de alojamiento y asistencia (en monasterios y hospitales) capaces de atender a un gran flujo de peregrinos. Entre los primeros relatos detallados de estas peregrinaciones se cuentan el de un anónimo natural de Aquitania que visitó Tierra Santa en 333, el famoso de Egeria (ca.381-384) y la visita en 385 de san Jerónimo, acompañado del obispo Paulino de Antioquía y un nutrido grupo de peregrinos, llegando a establecerse más tarde este padre de la Iglesia en Belén, en un monasterio donde realizó gran parte de sus más importantes escritos y traducciones (la Vulgata). La emperatriz Eudocia se estableció en Jerusalén hacia 440, y parece que el suyo no fue en absoluto un caso aislado entre las clases dirigentes del Imperio cristianizado.

La popularidad de las peregrinaciones a Tierra Santa no estaba exenta de peligros, con todo: a la curiosidad frívola y ávida de aventuras y novedades de algunos, o a la búsqueda de las inmoralidades de una gran ciudad, se referirán también algunos padres de la Iglesia como san Gregorio de Nisa (ca.335-ca.395), san Juan Crisóstomo (344-408) y san Agustín (354-430), que representan una

corriente crítica y precavida frente a los aspectos menos ejemplares de este fenómeno social.

Cuando cae el Imperio romano occidental, los lugares de Tierra Santa siguen bajo la protección del poder imperial bizantino, y así por ejemplo se tiene noticia de la atención que Justiniano prestó a Jerusalén, dotándola de nuevas construcciones monumentales y embellecimientos, como la iglesia de Santa María la Nueva, con un hospicio para peregrinos de gran capacidad anejo.

En febrero de 638 el patriarca Sofronio de Jerusalén capituló ante los musulmanes y rindió la ciudad al califa Omar, que según la tradición rezó en el atrio pero no en el interior de la basílica del Santo Sepulcro, con la intención de respetar los términos de la capitulación, en virtud de los cuales la comunidad cristiana de Jerusalén debería conservar el control de este y otros lugares de culto. La continuidad de las peregrinaciones a partir de entonces quedó condicionada a la política que los gobernantes musulmanes de Jerusalén y Palestina practicaran en cada momento, de hostilidad o tolerancia hacia las mismas y en sus relaciones con las comunidades cristianas locales. Si algún autor llega a mencionar que entre la conquista musulmana de Jerusalén y el siglo XI las peregrinaciones a Tierra Santa se siguieron verificando en estos «siete siglos, sin discontinuidad alguna» (Alphandery-Dupront 1959: 7), no resulta difícil registrar en este periodo episodios de ataques y violencias dirigidos contra los cristianos y los peregrinos.

El cambio violento de Omeyas por Abasíes en 750 vino acompañado de turbulencias y episodios de violencia e intransigencia contra las comunidades cristianas de Siria-Palestina, afectadas en la larga duración por un declive de fondo: tanto el goteo de conversiones al is-

lam como la emigración de cristianos a tierras bizantinas fomentan la gradual islamización de la región. Con el poder abasí consolidado, a comienzos del siglo IX el califa Harún al-Rashid favoreció las fundaciones y limosnas de Carlomagno en los santos lugares, como forma de dividir a los cristianos locales al reconocer sobre ellos otra autoridad distinta de la del emperador bizantino. De época carolingia quedarán en Tierra Santa algunos hospitales, las monjas latinas del Santo Sepulcro y la iglesia de Santa María llamada «de los Latinos», como también la leyenda que magnifica la intervención de Carlomagno como una suerte de precursor de la época de las cruzadas, al presentarlo al frente de algo así como un protectorado franco *avant-la-lettre* en la región.

En la segunda mitad del siglo X el fortalecimiento del poder bizantino en el Próximo Oriente resulta en la conquista o reconquista de Creta (961), Cilicia y Chipre (965) por Nicéforo Focas, que con una importante ofensiva sobre Siria logró en 969 anexionar Antioquía y hacer de Alepo un protectorado o enclave tributario del poder bizantino. Disponer de una ruta bajo control bizantino entre Constantinopla y Siria supuso un impulso muy notable a la seguridad de las peregrinaciones a Tierra Santa.

La estabilidad de las peregrinaciones, favorecida por las relaciones pacíficas entre bizantinos y fatimíes, vino a truncarse a comienzos del siglo XI por la «locura» del califa al-Hakim (996-1021): criado por cristianos y de madre cristiana, este controvertido personaje tomó disposiciones de tan extravagante arbitrariedad como imponer para el trabajo el horario nocturno y lanzó una persecución cruel contra cristianos y judíos, que afectó a sus lugares de culto y en 1009 tuvo como consecuencia la destrucción de la basílica constantiniana del Santo

Sepulcro. En 1016 proclamó su divinización, ordenando que en el rezo de las mezquitas su propio nombre reemplazara el de Alá, y como la medida fuera recibida con fuerte oposición entre los musulmanes, prohibió el ramadán y la peregrinación a la Meca; en 1017 concedió libertad de culto a cristianos y judíos, mandando restaurar los templos destruidos. Cuando en 1021 desaparece este califa (probablemente asesinado), los cristianos locales obtienen el generoso apoyo de medios del emperador bizantino Constantino IX, de acuerdo con los fatimíes, para restaurar el templo del Santo Sepulcro. Es cuestión debatida si la bula del papa Sergio IV (1009-1012) concediendo indulgencias a quienes ayudaran a recuperar el Santo Sepulcro es un documento auténtico coetáneo de su destrucción o una falsificación tardía (en torno a la época de la I Cruzada, se ha sugerido), pero en cualquier caso, si fuera esto último, el texto testimonia que en Occidente la ofensa de al-Hakim no había pasado inadvertida.

Durante la primera mitad del siglo XI bizantinos y fatimíes mantuvieron estable una paz que interesaba a ambas partes, al tiempo que vigilaban con inquietud la emergencia del poderío turco, amenaza potencial para unos y otros. Alepo pasó en 1023 de tener un gobernador nombrado por los bizantinos a ser controlado por la dinastía mirdasita (independiente en la práctica), pero esto se compensó con la ocupación bizantina de Edesa y Armenia (si bien la falta de lealtad de los armenios al poder bizantino acabará abriendo las puertas de Asia Menor a los turcos). A raíz de la gran derrota bizantina frente a los turcos en Manzikert (1071) se produce la entrada de este pueblo en Asia Menor y Siria. Atsis ibn Abaq, vasallo del sultán Alp Arslan, toma en 1071 Jerusalén

y en 1075 Damasco; los fatimíes recuperan fugazmente Jerusalén en 1076, pero son desalojados en el mismo año. La desorganización de toda la región, con la atomización de pequeños principados y núcleos independientes o semindependientes por doquier, afectará a la seguridad de las rutas por las que los peregrinos debían llegar a Tierra Santa, y aunque el flujo de éstos no se detuvo, no hay duda de que la irrupción de los turcos produjo un grave deterioro de las condiciones en que se habían de verificar las peregrinaciones.

Los primeros gobernadores turcos en Palestina no quisieron impedir las peregrinaciones cristianas, pero la multiplicación de pequeños principados que surgen del derrumbe del poder fatimí las agobiará con impuestos multiplicados. A la muerte del segundo gobernador turco Artuk (1091), sus hijos expulsarán a los sacerdotes de Jerusalén, acusándolos de complicidad con un intento de restauración del gobierno fatimí en la ciudad. Suficientes testimonios (como el de Ana Comneno, *Alexiada*, 6, 6) hablan de las graves dificultades que los peregrinos cristianos a Tierra Santa sufrieron en el contexto de las guerras turcas por el control de Anatolia, acosados en su camino cuando no eran directamente expulsados sin poder completar su peregrinación.

1.3 La situación en vísperas de la I Cruzada

Sentados los antecedentes previos, para explicar cómo se llegó a la I Cruzada se suelen tomar en consideración tanto los factores derivados de la situación político-militar en el Próximo Oriente y Tierra Santa, como los propios del Occidente latino. Convergen en esta explicación, para centrarlo en pocas palabras, los proyectos sobre el

Oriente cristiano de Gregorio VII y el llamamiento de Alejo I.

Como se ha visto, a partir de la derrota de Manzikert (1071) el Imperio bizantino se hunde en una crisis profunda de autoridad al tiempo que la penetración turca va consolidando el sultanato de Iconio (o Konya) en el mismo corazón del Asia Menor (Anatolia). Depuesto Romano IV Diógenes (1068-1071) a raíz de su cautividad en Manzikert, los siguientes emperadores bizantinos Miguel VII Ducas (1071-1078) y Nicéforo III Botaniates (1078-1081) han de arrostrar, en un clima de fuerte desestabilización, la lucha en dos frentes: en Oriente, para tratar sin éxito de impedir o contener la invasión turca en Asia Menor, y en Occidente contra las incursiones de pechenegos y normandos sobre los Balcanes.

Príncipes balcánicos locales, como los de los croatas y montenegrinos, obtienen la corona y el reconocimiento de los legados del papa Gregorio VII (1076, 1077) como forma de afirmar sus aspiraciones de independencia frente al poder bizantino. Los normandos de Roberto Guiscardo, habiendo tomado Bari en 1071, protagonizarán en la década siguiente una ofensiva contra los intereses bizantinos en el Adriático, llegando a invadir territorios del Epiro, Tesalia y Macedonia: Bohemundo de Tarento, hijo de Roberto Guiscardo, queda al frente de esta operación contra el poder bizantino, pocos años antes de ser recibido en Constantinopla (con el comprensible recelo) como uno de los líderes de la I Cruzada.

Sensible a estos problemas, el papa Gregorio VII pensó seriamente en organizar algún tipo de expedición, liderada por él personalmente, para ayudar a los bizantinos a estabilizar la situación del Próximo Oriente frente a los turcos: en su mente, esta idea era inseparable de su

preocupación por la suerte de los cristianos orientales y la seguridad de las peregrinaciones a Tierra Santa, y con seguridad también era sentida como una posibilidad de impulsar la unidad de la Iglesia, ayudando a restaurar la comunión con Roma de los melquitas u ortodoxos y en general de todas las comunidades cristianas orientales (aún estaba muy reciente el último desencuentro en torno al cisma de 1054). Últimamente, las dificultades de la empresa y las distracciones de los restantes problemas a los que durante su pontificado hubo de hacer frente (principalmente, absorbido por su largo y agotador enfrentamiento con el emperador Enrique IV), impidieron a Gregorio VII concretar en algo práctico su pensamiento sobre esta «cuestión de Oriente» y deja abierta para los historiadores la cuestión de las relaciones de esas ideas gregorianas con la I Cruzada tal como se dio en la realidad unos años más tarde, en el pontificado de su sucesor en el ministerio petrino (y en tantas cosas fiel continuador) Urbano II.

Con la acertada gestión de Alejo I Comneno (1081-1118) se sientan las bases en Bizancio para un nuevo periodo de estabilización. Al comienzo de su mandato, para contrarrestar la ofensiva normanda en el Adriático, este emperador se apoyó decididamente en su alianza con Venecia, hasta el punto de concederle unos privilegios comerciales muy generosos (práctica libertad de comercio en territorio bizantino) que señalan para lo sucesivo el comienzo de un diseño estratégico de largo plazo en torno a la intervención veneciana en todo el tiempo de las cruzadas. Gregorio VII falleció en el exilio, bajo protección normanda, mientras ocupaban Roma los partidarios del antipapa Clemente III, promovido por Enrique IV. El nuevo papa, Urbano II, tenía ante sí la tarea inmediata

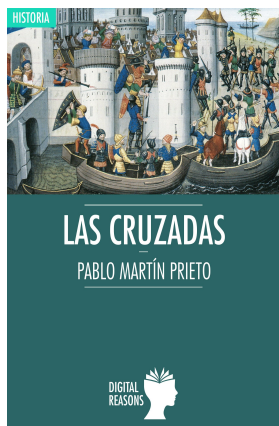
de desplazar a su usurpador y restaurar su autoridad en Roma y sobre toda la Iglesia latina. Continuador en muchos puntos del programa de Gregorio VII, Urbano II se propuso lograr una relación de colaboración y confianza con Bizancio, superando rencillas en torno al apoyo pontificio a los normandos, para impulsar la unidad con la Iglesia ortodoxa, y desde el primer momento queda claro que hizo suya la gran preocupación de su predecesor por la suerte de los cristianos orientales.

Al concilio de Melfi, celebrado en septiembre de 1089, fueron invitados y acudieron embajadores de Alejo I; en gesto de buena voluntad, Urbano II levantó la excomunión que pesaba sobre el emperador bizantino, y Alejo I promovió que un sínodo celebrado en Constantinopla en el mismo mes restaurara la mención del nombre del papa en la liturgia de la iglesia oriental. El acercamiento no alcanzó a superar los motivos concretos del cisma (no cedieron los bizantinos en la cuestión de la obediencia a Roma, ni en las controversias sobre el *filioque* y la comunión con pan ázimo). Pero en el nuevo clima creado por los contactos y negociaciones con Occidente, el emperador bizantino consiguió reclutar un cuerpo de mercenarios que, bajo el mando del conde Roberto I de Flandes, intervino en 1090 en las luchas contra los turcos. El interés de Alejo I por contratar mercenarios occidentales coincide de alguna manera y estimula la idea occidental de una intervención contra los turcos y en defensa de la Cristiandad oriental.

Tras entrar en Roma en la primavera de 1094, Urbano II consolida su posición como papa legítimo presidiendo el importante concilio de Piacenza (1095), donde se tomaron nuevas disposiciones para profundizar en la ya emprendida reforma (llamada gregoriana) de la Iglesia y

entre otras embajadas se recibió la de Alejo I con una petición de ayuda para defender a los cristianos orientales. Aunque parece que Urbano II se hizo eco de esta petición de ayuda y en su predicación animó a los guerreros occidentales a atenderla, aún no estaba formado en todos sus aspectos el plan que antes de final de año se concretará en el llamamiento de Clermont-Ferrand.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el primer capítulo de *Las cruzadas*, de Pablo Martín Prieto. El libro completo, en doce capítulos, es una historia general de las cruzadas de reducidas dimensiones, que combina la narración de los hechos con la reflexión sobre un fenómeno tan fascinante como rico en facetas.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/las-cruzadas

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Orígenes e idea de cruzada.** Los antecedentes históricos, el llamamiento de Clermont (1095) y las ideas de guerra justa y guerra santa, el voto de cruzada y las indulgencias.
- **La I Cruzada y los Estados cruzados.** La «cruzada de los pobres», la I Cruzada hasta la conquista de Jerusalén, la sociedad de Ultramar, las órdenes militares y las reacciones musulmanas.
- **De la II a la VIII Cruzada.** De Nur-al-Din a Saladino, la III Cruzada, el desvío de la IV, la «cruzada de los niños», la cruzada contra los albigenses, la de Federico II y las de san Luis.
- **El final y la posteridad.** La caída de Acre, los últimos intentos de cruzada, y el tema en la historiografía y la cultura popular, con unas conclusiones.

Con más espacio para la I Cruzada, que sienta la pauta de las siguientes.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-949317-5-8



Escanea para comprar